

Humanismo de las Humanidades, Humanismo de las Ciencias

A la memoria de Eduardo Nicol, humanista

El “humanismo” y las “Humanidades” surgieron, en el Renacimiento, por contraste con la *Teología* y con los estudios “divinos”, pero no con las *Ciencias*. En los estudios que comprendían las Humanidades se incluían junto con lengua y literatura, retórica, artes, filosofía e historia, los estudios matemáticos. Posteriormente, a medida que se dio el desarrollo de las ciencias modernas, se fue consagrando la distinción entre éstas y las Humanidades, e incluso, en el siglo pasado, se llegó a una franca oposición entre ambas, proclamada unas veces desde el campo de las Ciencias, otras, del de las Humanidades. Sin embargo, no parece que en la actualidad tenga sentido tal escisión, ni que el humanismo y las Humanidades se tengan que definir frente a las Ciencias (y menos aun frente a las teologías), pero sí frente a la *tecnología*, y más precisamente, en oposición a las tendencias *tecno-cráticas* de nuestro tiempo. El verdadero problema del humanismo —y en consecuencia del destino de las Humanidades— es el reinado cada vez más totalitario de la “técnica”: la “tecnificación” de toda la existencia; ésta sí, ciertamente, hace patente una crisis del humanismo y anuncia su ocaso. No hay sitio para el humanismo y las Humanidades en un “orden” en el que se ha borrado la distinción entre los “medios” y los “fines”, o más bien, en el que se han sustituidos los *finés* libres de la existencia humana por una compulsiva entronización de los “*media*” y una pretendida “programación” tecnificada de la vida.

Esto no significa obviamente que la tecnología sea un mal en sí, ni algo ajeno al hombre y a su libertad creadora; lo enajenante es el olvido de su carácter meramente *instrumental*; el mal es su totalización y la pérdida de las dimensiones propiamente humanas de la vida; el mal es el precio que el hombre ha tenido que pagar por el “progreso”, o sea, la “venta del alma” y, junto con ella, “la venta” de su propio *habitat*: la destrucción del planeta. La conciencia “ecológica” es también una dimensión del humanismo. No hay humanismo en sentido estricto que no cuide la Tierra y la Naturaleza.

Pero la alternativa a estos males no puede ser, como lo han proclamado algunos “humanistas” y “vitalistas”, la renuncia a la tecnología, ni mucho menos a la ciencia. Al contrario: la alternativa es devolverle al hombre su poder sobre su propia creación, deshacer la enajenación frankensteiniana y kafkiana,

de modo que “la máquina” se ponga al servicio de la vida y no que ésta quede esclavizada y, en definitiva, *aniquilada* por “la máquina”. En la medida en que el hombre sea libre y dueño de sí, y no pierda la conciencia de las verdaderas metas de su existencia, la técnica será el legítimo instrumento que le auxilie para enfrentar el creciente reino de la Necesidad y la Escasez; entonces, la tecnología habrá de contarse entre los grandes prodigios de la capacidad racional e inventiva del hombre.

Humanismo es autenticidad, en el sentido más amplio y radical. A cada uno de nosotros corresponde la vieja tarea, consagrada por el poeta Píndaro, de “llegar a ser lo que somos”, en el sentido de *adquirir* la “humanidad” (*humanitas*). Lo cual significa que el hombre no tiene un “ser” dado o realizado por el solo hecho de tener la vida biológica (ni se identifica con ésta), sino que tiene que “*hacer*” su propio ser, producirlo y *formarlo*, precisamente a través de eso que los griegos llamaron *paideia* o educación. El humanismo se identifica, ciertamente, con la adquisición de la *humanitas*, que es la tarea de literal “humanización” en que consiste el universo propio del humanismo y de las Humanidades: ahí donde el hombre logra realizar las más altas y distintivas potencias de su ser.¹

El cultivo de las Humanidades, y la humanización en general, no es una tarea subjetiva ni solitaria. Es ante todo un quehacer por el cual nos integramos a una de las formas más notables de *comunidad* cultural o espiritual. No es tampoco un mundo de mera erudición. Es una apertura a la temporalidad o más bien a la comunidad histórica. El humanismo y las Humanidades surgieron justamente como un efectivo *re-nacimiento*, como un acto de memoria, de vuelta a “las antigüedades clásicas”, por el cual no sólo se busca llegar a los orígenes de la civilización occidental, sino penetrar en la *diferencia* histórica y conocer a los otros en tanto que “otros”. El humanismo conlleva intrínsecamente una forma esencial de conciencia histórica, y en especial el humanismo renacentista, abrió la posibilidad de comprender la historia como *perspectiva*

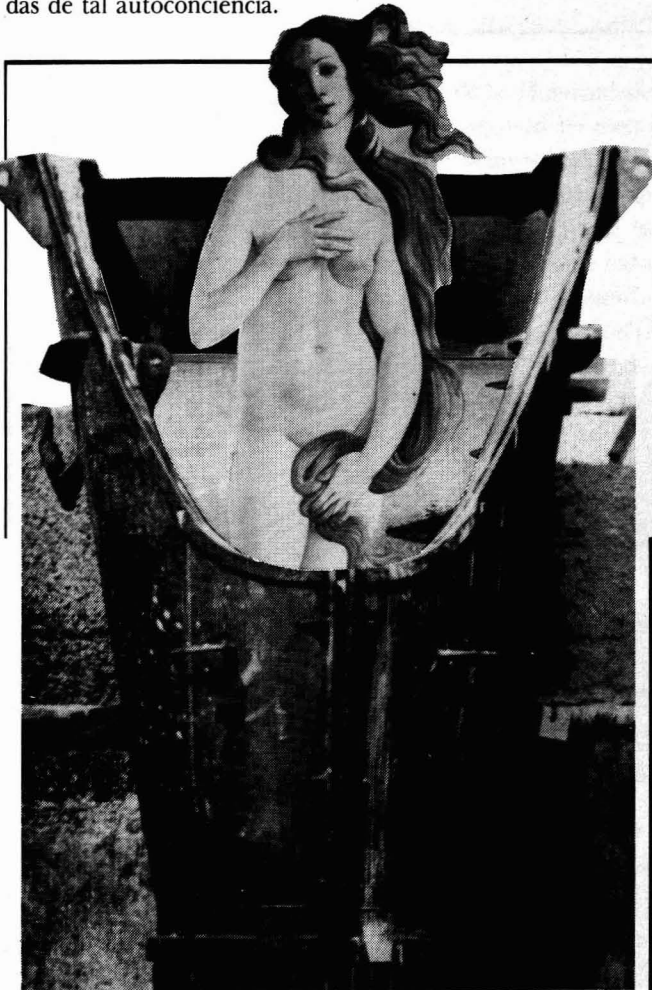
¹ Cf. nuestro ensayo “Ética y humanismo” en las Memorias del I Simposio internacional *Humanismo y Sociedad*, Instituto Nacional de la Nutrición, México 1990, pp. 513-531.

temporal, cuyo hallazgo es correlativo al de la "perspectiva" espacial, base de las artes visuales. El humanismo implica el reconocimiento de las "distancias", de las "diferencias", de la individualidad o unicidad de la persona, de los tiempos y de cada creación.

Pero el humanismo es, a la vez, reconocimiento de la *universalidad* de lo humano: implica la participación en una realidad común, el acceso a esa *humanitas* universal que todo ser humano comparte a través del tiempo y del espacio, en una de las modalidades más logradas de la comunicación interhumana. La historia es ciertamente lo que cambia, pero también lo que permanece, lo que trasciende. En la comunicación humanista se participa en el universo de sentido y de valores que el hombre va produciendo desde la conciencia de sí y desde el efectivo ejercicio de sus potencialidades humanas.

Y es esta simultánea conciencia de la diversidad y de la universalidad de lo humano lo que da origen a uno de los fenómenos distintivos del humanismo, que se dio señaladamente en el Renacimiento, pero que es inherente al humanismo como tal: la *tolerancia*; tolerancia religiosa, tolerancia moral, tolerancia *humana*, en sentido estricto.

Ciertamente, el humanismo y las Humanidades no se restringen al Renacimiento, aunque originalmente se refieran a él. En su sentido amplio, trascienden el momento renacentista y comprenden todos los casos en que el hombre vuelve sobre su propio ser y acude a esta comunidad histórica de la conciencia del hombre como hombre y a las creaciones surgidas de tal autoconciencia.



Puede decirse que una de las esencias del humanismo se condensa en el conocido proverbio latino: "nada humano nos es ajeno o indiferente". El otro ser humano es siempre un otro "yo". Todas las otras vidas humanas, a las cuales se tiene acceso mediante la genuina comprensión, multiplican y enriquecen la propia existencia, dotando a ésta de una fuente de inagotable plenitud.

Para todo humanismo, además, el hombre ocupa un lugar "central" en el universo. Y bien comprendido, el humanismo de todos los tiempos concibe la centralidad de una manera más o menos cercana a como la concibieron los propios renacentistas: como "movilidad" del hombre en todo el universo, como pertenencia a todos los órdenes de la realidad, que le posibilita el acceso a todos los reinos, sea por la vía de la magia, de la alquimia o de la astrología, o bien del arte, de la ciencia o de la técnica (cuando no conjugando magia con ciencia, alquimia con arte, etc.). Lo cual a su vez implica la ruptura de las barreras entre los distintos órdenes de la realidad, concebidos tradicionalmente como órdenes ontológicos estancos y separados. Esto posibilitó ciertamente, entre otras cosas, que el hombre se proyectara unívocamente al *dominio* y a la *explotación* sin límites de la Naturaleza, con los resultados anti-humanistas que hoy estamos viviendo. Pero el humanismo como tal apunta en otras direcciones, no implica, desde luego, la proyección exclusiva y absolutista hacia la conquista material e irrefrenada del mundo. *En el momento en que se rompe el equilibrio, la "armonía", la "conciliación de los opuestos", se rompe la esencia misma del humanismo.*

Y uno de los juegos de opuestos más significativos —y que resulta de primera importancia para el humanismo contemporáneo— es el de la capacidad de *actuar* sobre la realidad y a la vez de escucharla y percibirla *receptivamente*. Los pitagóricos del siglo VI a. C. dividieron sus "estudios" en "*acusmáticos*" y "*matemáticos*": el aprender a "escuchar" y el aprender a "matematizar" (lo cual originariamente se refería al "hacer ciencia"—ciencia en general, no lo que hoy llamamos "matemática"). El nivel acusmático (de "oyente") se consideraba, en un sentido, anterior o inferior al matemático, pero en otro sentido, el nivel superior de la sabiduría se centraba para Pitágoras en poder escuchar "la música de las estrellas". La experiencia humanista incluye, de un modo u otro, esta capacidad de escuchar y simplemente "estar" y aceptar el ser, sin necesidad de "producir". La actitud de paz, de serenidad, de goce, que son dimensiones que el hombre ha perdido en su obsesión conquistadora y transformadora. Se trata de la capacidad "receptiva", en el sentido oriental, que no es simple pasividad inerte, sino al contrario: es la base para activar las fuerzas profundas del interior humano y para crear nuevas e intensas formas de vinculación con el universo. Las formas de vida contemplativa, teórica, artística, lúdica, se definen justamente por su libertad, y con ello por su poder humanizador. Las Humanidades ciertamente, llamadas "artes liberales", a diferencia de las "artes profesionales", ocupan un lugar eminente entre las actividades libres del hombre.

Pero también las Ciencias son obras de la libertad, tienen una función humanizadora y un significado esencialmente "humanista" que, sobre todo en nuestro tiempo, es necesario destacar. La *humanitas* no se adquiere sólo en el cultivo de las Humanidades: también en el de las Ciencias. Sólo de una ciencia alienada, pragmatizada y mercantilizada puede decirse que enajena al hombre. También ha de recuperarse el sentido humanista de la ciencia. La grandeza del conocimiento científico no se comprende solamente por lo que éste vale en sí, ni por lo que puede producir, sino por lo que significa para el hombre y desde el hombre. La ciencia vale como realización de la excelencia humana, por sus alcances *existenciales* y no sólo epistemológicos, metodológicos y ontológicos, o por sus aplicaciones en el orden tecnológico. El conocimiento por sí mismo era ya, según Aristóteles, suficiente para la felicidad humana. La reflexión humanista permite reconocer al hombre como el productor del acto científico y darle a éste su verdadero provecho humano: el provecho simple, pero absoluto, de la experiencia cognoscitiva.

Pero además, ese universo, micro y macrocósmico, revelado por la ciencia contemporánea, es de tal grandeza y significación, lo mismo por lo que *se sabe de él*, como por lo que *no se sabe*, que produce una de las experiencias humanas más intensas y formativas (humanizantes), que es lo que los griegos llamaron *thauma*: el "asombro y la maravilla", el "azoro", fuente de toda *philo-sophía*.

El objeto mismo del conocimiento científico del presente (el

mundo de la física, de la biología, de la astronomía...) suscita la necesidad de una verdadera *estética* de la ciencia y también de una *ética*, una *poética* y una *metafísica*, la cual no necesariamente se ha de entender en sentido teológico.

El universo revelado por la ciencia está poblado por un infinito de signos que no sólo tocan a la inteligencia racional del hombre sino que despiertan y activan las más diversas y profundas facultades humanas, ampliando de manera ilimitada los horizontes de su propia experiencia. Experiencia que, asimismo, incita a replantear esa radical pregunta, decisiva para *valorar* y orientar la existencia humana, que es la pregunta por "*el puesto del hombre en el cosmos*", como lo expresó el filósofo Max Scheler.

Es evidente, así, que "las Ciencias" no constituyen un reino absolutamente distinto y separado del mundo de "las Humanidades". Es sobre todo su significación humanista lo que las aproxima íntimamente y abre, entre ambas, toda una red de vasos comunicantes.

Y las Humanidades, por su parte, se aproximan a las Ciencias en distintos sentidos: por una parte, porque hay disciplinas fronterizas que unifican expresamente los dos campos (como serían, en particular, la filosofía de la ciencia, o la historia de la ciencia), y por la otra, porque algunas de las disciplinas humanísticas pueden concebirse y desarrollarse como "ciencias sociales" o "ciencias históricas", sin dejar de pertenecer



a las Humanidades. En realidad, el campo de las Humanidades tiene un amplio espectro que va desde el más estricto rigor científico, propio de disciplinas como la lógica, la lingüística, la semántica, la misma filosofía, concebida como "ciencia rigurosa", hasta las más puras modalidades de la sapiencia moral o de la creación poética.

En general, hay un "rigor", un "método", un "logos" (racionalidad, orden, leyes) que es el *logos* propio de todas y cada una de las disciplinas humanísticas; hay un *logos* literario, un *logos* ético, un *logos* histórico, que son irreductibles al *logos* de las ciencias naturales.

En las Humanidades no priva la arbitrariedad, ni la facilidad, ni la simple improvisación. El mundo del pensamiento crítico, tanto como el de la intuición, de la imaginación, de la sensibilidad, de la sabiduría, de la interpretación, de la espontaneidad creadora, de la fantasía, es un mundo sujeto a normas. Evidentemente, no rigen en él métodos de exactitud cuantitativa, pero sí está sujeto a *requisitos cualitativos* de la más diversa índole, los cuales, con frecuencia, nos remiten a eso que Pascal llamó "*les lois du cœur*": "las leyes del corazón que la razón desconoce".

La educación humanista es un proceso largo y arduo en el que no sólo se da el aprendizaje y la comprensión de un *contenido* humanístico, sino también la capacitación, el ejercicio de las propias *facultades*; lo cual se refiere no sólo al despertar de los sentidos corporales (aprender a "ver", "oír", "percibir"), sino también de los "sentidos internos", como los llamaron los clásicos (aprender a pensar, imaginar, querer; aprender a "leer y escribir").

A lo largo de toda su historia, el cultivo de las Humanidades ha impuesto un orden de condiciones y exigencias no menos rigurosas y severas que las que reclaman las investigaciones y estudios científicos. Los requisitos disciplinarios y metodológicos que implica el análisis de un pasaje de Proust, o de un soneto de Sor Juana; la hermenéutica de los clásicos de todos los tiempos; la realización de un ensayo sobre *La Fenomenología del Espíritu* de Hegel; la búsqueda de las categorías estéticas distintivas del arte prehispánico; el estudio de los métodos propios de la historiografía, o de los nuevos y específicos métodos de enseñanza; las investigaciones acerca de los fundamentos de la acción moral; la puesta en escena de una obra dramática, la creación de un poema, una novela o un libro de cuentos. Todo ello reclama una intensa y profunda capacitación, una ardua disciplina de trabajo y una verdadera entrega vocacional que suele absorber el todo de la propia vida.²

Muchos de los grandes ideales del Renacimiento vuelven a ser válidos para el presente: el cultivo *humanista* de las Humanidades y de las ciencias; la vuelta a los ideales humanistas de la antigüedad;³ la reconciliación con la Tierra, con el cuerpo

humano y con la Naturaleza; la disposición hacia una nueva forma de religiosidad que no implica la fuga del mundo o su negación; el reconocimiento de la individualidad humana (del "rostro" único de cada hombre); el atrevimiento para explorar, por cuanto vía sea posible, los secretos del universo; el cultivo y el goce del arte, en todas sus manifestaciones; la instauración, en fin, de un verdadero régimen de tolerancia universal.⁴

El Renacimiento abrió múltiples fuentes y cauces para la historia moderna del hombre, orientados hacia las más diversas direcciones. Con los siglos, sin embargo, fueron predominando algunos de ellos, en detrimento precisamente del humanismo, hasta llegar a la hegemonía de una ciencia y una tecnología deshumanizadas.

Desde luego, es inequívoco que el progreso científico y el tecnológico tienen que continuar, y que las sociedades que no se han integrado a ellos, tienen que hacerlo para sobrevivir. Pero del mismo modo que se advierte la necesidad de que el progreso continúe, se hace patente que éste no puede continuar en la misma dirección y con las características que ha tenido hasta ahora. Hay que detener, en efecto, la extinción de la vida en el planeta –si no por otras razones, por el absoluto imperativo de la mera sobrevivencia– y hay que recobrar los fines auténticos de la existencia –por simples razones de "libertad" y de "felicidad" *humana*.

Cabe aún la esperanza de que precisamente *nuestras* culturas (hispano, ibero, latinoamericanas), que se incorporan apenas a "la modernidad", lo hagan con la conciencia de que empezamos "a posteriori", contando con la experiencia de aquello en que los otros han fracasado; reconociendo que ingresamos a ella con el rico legado de la gran tradición *humanista* y *vitalista*, a la que en verdad no hemos de renunciar, sino al contrario: éste puede ser el esencial aporte que nuestras culturas, con toda su riqueza histórica, puedan hacer al presente y al futuro.

No podríamos, evidentemente, regresar a la "oscuridad" medieval (ni tampoco a la "claridad" griega). No podemos "regresar". Pero sí podemos "re-nacer". Recobrar el equilibrio, la armonía de los momentos humanistas de la Historia. Podemos, y queremos, "habitar la Tierra"; pero "habitarla" por fuera y por dentro: la "Tierra" humana, la vida interior. "Habitarla" en sentido estricto: recobrarla y mantenerla como nuestro "*habitat*" natural –el único que tenemos. Como recinto y morada del hombre. No cabe humanismo hoy que no haga de la Tierra "el centro del Universo": el centro vital que es necesario rescatar. ◇

antigüedades orientales, precolombinas, etc.: de todas aquellas culturas en que encontremos verdaderos ideales humanistas, los cuales se sintetizarían en esa conciencia árabe que tomaban por lema los humanistas del Renacimiento de que "no puede haber nada más admirable en el mundo que el hombre". *Magna est vis humanitatis*, "Grande es la fuerza de la humanidad", decía por su parte Cicerón.

⁴ El reconocimiento de la centralidad y de la autonomía del hombre no implica su "endiosamiento", de modo que el "hombre-centro" cortase la riqueza de sus vínculos con la Naturaleza y con lo divino, como quiera que se conciba.

² De una u otra forma, las disciplinas humanísticas tienen que incorporar el estudio de los clásicos en *sus fuentes*, al mismo tiempo que se han de mantener permanentemente actualizadas en cuanto a las nuevas *interpretaciones* de ellos. Esta es otra nota que los hace clásicos y siempre vigentes o "eternos": el que sean susceptibles de una inagotable re-interpretación.

³ Antigüedad que para nosotros no es ya solamente la grecorromana sino las